

UNA IGLESIA MARIANA: LA PRESENCIA DE MARIA EN EL CULTO DE LA IGLESIA

El tema de la Iglesia Mariana está suscitando cada vez más interés en la Familia Marianista¹. Con este artículo comenzamos una serie sobre este argumento, inspirándonos en el P. Chaminade, cuyo 250 aniversario de nacimiento celebraremos en 2011².

Guillermo José Chaminade nació en Périgueux, en el sudoeste de Francia, el 8 de abril de 1761. A los 10 años entró en el colegio-seminario de Mussidan, dirigido por un grupo de sacerdotes que vivían en comunidad y tenían un programa educativo. También él pasará a formar parte de ella y fue ordenado sacerdote en 1785. Trabajó como profesor en el colegio hasta la Revolución en 1791. En 1797 fue exiliado a Zaragoza. Regresó a Francia en 1800 y refundó las antiguas Congregaciones Marianas en Burdeos. En 1816 fundó junto con Adela de Trenquelléon, las Hijas de María Inmaculada, y en 1817 la Compañía de María, Marianistas. Murió en Burdeos en 1850.

El P. Chaminade no es un teólogo de profesión y prácticamente no publicó nada. Es un hombre de acción, un pastor de almas. Han llegado a nosotros muchos de sus apuntes utilizados en su ministerio pastoral. Aunque no elaboró una Mariología o una Eclesiología, tiene sin duda una propuesta eclesial, íntimamente conectada con su propuesta mariana.

Crisis de la eclesiología institucional

Es bastante sorprendente que el concilio de Trento no se haya centrado en el objetivo que estaba en el corazón de los reformadores, la definición de la naturaleza, de las funciones, miembros y estructuras de la Iglesia. El concilio ha discutido muchos temas eclesiológicos pero no ha elaborado una eclesiología particular. Ha hablado de las tradiciones apostólicas, los sacramentos, el ministerio ordenado.

Pero el concilio tenía una visión propia y bien precisa de la Iglesia. Es una eclesiología centrada en Cristo y en el Espíritu, que son los principales actores, fundada en la gracia y la justificación, que constituyen el principio formal que mantiene unidos entre sí y a Cristo los miembros de la Iglesia. Una eclesiología que hace de la Iglesia el sacramento universal de salvación en cuanto depositaria y tesorera de estos grandes canales de la salvación que son los siete sacramentos. Una eclesiología de la realidad divino-humana de la Iglesia la cual en su parte visible es caracterizada por las notas de santidad, catolicidad, unidad. Una eclesiología que frente al individualismo, el subjetivismo, el misticismo, el arbitrio de los reformadores, subraya el orden y la jerarquía. El documento eclesiológico más emblemático es el del sacramento del orden.

Al modelo kerigmático de la “ecclesia invisibilis” de Lutero y Calvino, que fundan todo sobre la Palabra de Dios, el concilio contrapone el modelo somático que

¹ Cf. José María Arnaiz, *De nuevo en Pentecostés. Hacia un modelo mariano de Iglesia*, PPC Madrid 2006; Manuel Cortés SM, <http://marianist.org/PDFs/spa/circulars/MCCircular1-Sp.pdf> ; y <http://marianist.org/PDFs/spa/circulars/MCCircular2-Sp.pdf>; Annick Robez-Masson, <http://www.mundomarianista.org/vivre-en-eglise-a-la-maniere-de-marie/>.

² Usaré la siguiente abreviatura:
EM G. J. Chaminade, *Escritos Marianos*, 2 vol., Madrid 1968.

presenta la Iglesia como cuerpo de Cristo. Frente al exclusivismo soteriológico (de la *sola fides* y del *unicus mediator*) el concilio opone la visión católica de la colaboración humana y de la multiplicidad de las mediaciones. Así se subraya el papel mediador de la Virgen, los santos y la Iglesia pero subordinándolo todo a Cristo, único Salvador, único redentor de la humanidad.

De esa manera el Concilio restituyó a la catolicidad una conciencia del propio valor y de la propia función y una carga misionera que había tenido sólo en algunas ocasiones de la historia. De una posición al inicio defensiva, la Iglesia pasó a tomar conciencia de su fuerza y su misión. Trento no fue innovador en las doctrinas pero sí en lo práctico y pastoral.

La teología postridentina desarrollo un modelo de Iglesia, “sociedad perfecta”, cuyo representante típico es el cardenal Roberto Bellarmino SJ. Los lazos de unión en la Iglesia son la profesión de la misma fe cristiana, la participación en los mismos sacramentos y la obediencia a los legítimos pastores, y en especial al vicario de Cristo en la tierra, el Sumo Pontífice³.

El objetivo y las consecuencias de la Iglesia como institución es ser visible como cualquier otra sociedad. Ha sido el rasgo predominante de la eclesiología católica desde 1550 hasta 1950. El problema al que había que hacer frente era la necesidad de algunos elementos organizativos estables de manera que la Iglesia pudiera realizar su misión. El objetivo de la misión era unir gentes de muchas naciones en comunidades bien estructuradas.

A través de este modelo, ministros responsables y visibles, usando procedimientos aprobados, pueden desarrollar eficazmente un servicio a la humanidad. La Iglesia ha tenido siempre elementos institucionales. El institucionalismo, en cambio, significa dar el primer puesto al elemento institucional. Su desarrollo comenzó al final de la Edad Media y continuó en la Contrarreforma. En esta eclesiología, los poderes y funciones de la Iglesia se dividen en tres categorías: enseñar, santificar y gobernar. La Iglesia es un tipo particular de escuela en la que los maestros, como ministros sagrados,

³ Citado por A. Dulles, *Models of the Church*, expanded Edition, New York 2002, p. 8 y nota 1 en p. 243. El mismo Bellarmino dirá que la Iglesia es una sociedad “tan visible y palpable como la comunidad del pueblo romano, como el reino de Francia, o la república de Venecia”, Dulles, p. 26 y nota 1 p. 244. Chaminade, “De l’Église”, en EP II. 27, 164-165 p. 81-82 señala estos mismos elementos. Chaminade mostrará siempre una adhesión incondicional al papa, trabajará dando siempre cuenta de lo que hace a los obispos. Estuvo encargado por la jerarquía de reconciliar a los sacerdotes que habían jurado la *Constitución civil del clero*. Durante algún tiempo fue administrador de la diócesis de Bazas. Nunca estuvo al cargo de una parroquia sino que trabajó en el oratorio de la Madeleine de Burdeos.

Chaminade desarrollará una eclesiología del cuerpo de Cristo en la que se subraya el elemento espiritual. “El espíritu de la Iglesia es un espíritu de vida, un espíritu de caridad y de santidad y también de verdad; un espíritu de amor que une a todos los verdaderos hijos de Dios con Dios su padre, que es Dios, y los unos con los otros en el seno de la Iglesia. Es espíritu de unión y de unidad, ya que es el espíritu de Dios, el Espíritu Santo. Unión no metafórica sino real; unión más perfecta que la de un cuerpo humano”.

“Unión que hace que todos los miembros vivos de la Iglesia se comuniquen entre sí lo que tienen, que la riqueza, la fuerza y la salud de uno se convierta por la caridad en la riqueza, la fuerza y la salud del otro. Unión que hace que todas las partes vivas del cuerpo de la Iglesia sean verdaderamente nobles, si no por sí mismas, al menos por la unión que tienen en un mismo espíritu con todo el cuerpo. Unión que hace que los miembros vivos de la Iglesia sean no sólo miembros de Jesucristo sino en un sentido muy verdadero, Jesucristo mismo. Jesucristo ha propuesto su unidad incluso con su Padre como el modelo y la regla de la unión y de la unidad que debe haber entre ellos (Jn 17,21)”. Chaminade, «Unité du corps, unité de l’Esprit ou de l’âme», en G. J. Chaminade, *Écrits et Paroles*, 1994 – 2010, 7 vol.,

II, 28, 168-171, ps 82-84. Cf. T. Stanley, *The Mystical Body of Christ according to the Writings of father William Joseph Chaminade*, Fribourg 1952.

transmiten la doctrina de Cristo. En la función de santificar, el papa y a los obispos, asistidos por los sacerdotes y diáconos, son los ingenieros que abren y cierran las válvulas de la gracia. Cuando se trata de gobernar, los responsables lo hacen en nombre de Cristo. Como solo a algunos se les da el poder de enseñar o gobernar, la Iglesia no es una sociedad de iguales. El clero gobierna, amplificando el lugar de las leyes y los castigos. Los laicos, en cambio, juegan un papel pasivo. Como la teología tiene la función de legitimar esas enseñanzas, la teología ha sido institucionalizada. La clase dirigente se perpetúa por co-opción. La institución sólo existe al servicio de sí misma y sólo sirve a los demás expandiéndose ella misma. Este modelo institucional rara vez ha sido invocado en su pureza a partir de la Reforma.

En este modelo los beneficiarios de la Iglesia son sus propios miembros. Ella nos enseña las verdades necesarias para la salvación, nos nutre con las fuentes de la gracia que fluye especialmente a través de los sacramentos. La Iglesia institucional es una “madre amorosa” (Dulles) que alimenta a sus hijos. El fin de la Iglesia es dar la vida eterna a sus miembros. Pero curiosamente sería posible tener una Iglesia de feligreses sin que fueran realmente fieles. El cristianismo se transmitía de padres a hijos pero no había una fe arraigada, personal profunda. La ofensiva de la Ilustración contra la Iglesia y el cristianismo va a mostrar que éste no se puede sostener a base de estructuras coercitivas eclesiales o estatales.

Este modelo eclesial institucional necesita ser completado con otros rasgos esenciales de otros modelos eclesiológicos: la vida de la gracia, la comunión cristiana en la fe, esperanza y caridad, la presencia de Cristo en el misterio, así como los dones y asistencia del Espíritu Santo. Este modelo, en efecto descuida la parte de la Iglesia como misterio y comunión⁴.

El antiguo régimen, vigente en el s. XVIII, se basa en la unión de la Iglesia y el Estado y tiene como consecuencia una falta de libertad religiosa para las demás confesiones, aunque poco a poco se había impuesto una cierta tolerancia. Supone la presencia de la Iglesia en la política, sobre todo a través del alto clero, pero también la presencia de la política en la religión. Los obispos son nombrados por el rey, que elige siempre los más mediocres con tal de que sean adeptos. El ordenamiento jurídico del estado está de acuerdo con la religión católica, que penetra los mínimos detalles de la existencia. La Iglesia goza de una situación económica privilegiada. Se da una alianza de la Iglesia, sobre todo del alto clero, con la clase privilegiada de la aristocracia, pues en realidad eran las mismas familias. Es verdad que la Iglesia trata de poner sus bienes al servicio de la sociedad, sobre todo con sus instituciones educativas, hospitalarias y caritativas, de manera que la Iglesia a las vísperas de la revolución gozaba de un cierto aprecio por parte de la población.

⁴ Fue precisamente la negación del modelo societario lo que llevó a la Reforma a luchar contra el poder de la jerarquía en las cosas espirituales. La verdadera cristiandad se la reconoce no en la jerarquía sino en la Iglesia invisible, protegida para siempre contra toda mundanización. Se da una reducción del cristianismo. Este cristianismo como reino de la gracia se sitúa fundamentalmente en la esfera de lo supersensible y de lo supramundano. De esa manera este mundo, como reino de la creación, recupera su valor propio. La Reforma ha realizado una mundanización de lo mundano en vez de la precedente mundanización de lo espiritual.

Eso ha tenido consecuencias que la Reforma no pudo adivinar. Ha dado lugar a la autonomía de la filosofía, de la ciencia, de la moral, del arte, de la economía, del nacionalismo, y del estado indiferente frente a toda religión. Todos esos poderes entrarán en concurrencia con el cristianismo pues todos al mismo tiempo tratan de atraerse el alma del hombre moderno. Junto a la autonomía de la razón y de la moral entrará también la autonomía del sentimiento. Cada una de estas funciones de la conciencia humana siguen ahora sus propias leyes.

La Ilustración promovió una crítica despiadada a la Iglesia. Más tarde apelaría al poder político para limitar los poderes de ésta. Pero tampoco ahorra sus críticas al estado. Hasta entonces las disputas entre católicos y protestantes se habían movido en el terreno de la teología. El protestantismo, sin embargo, va a introducir un arma nueva, el método histórico-crítico en el estudio de la Biblia y de la historia de la Iglesia. Se va a mostrar las contradicciones entre la Iglesia primitiva y la realidad existente. Voltaire conocía esos trabajos y divulgaba sus conclusiones, tanto contra católicos como protestantes.

Según Voltaire, Jesús era un judío y no pensó nunca en fundar una nueva religión. Los primeros cristianos eran todos iguales, no sólo como hermanos en Cristo sino también como igualmente dotados. Habían recibido el espíritu de una manera igual. Ni los apóstoles ni sus sucesores tenían otra superioridad que la del preceptor sobre el alumno. No tenían, en cambio, jurisdicción, poder temporal, honores, distinción en el vestido, señales de superioridad. Poseían una grandeza muy diferente, la de la persuasión.

Después de los apóstoles no se encuentra ningún ejemplo de cristiano que haya tenido sobre los demás otro poder que el de enseñar, exhortar, echar los demonios, hacer milagros. Pero la oración no es dominación, la exhortación no es despotismo. Todo era espiritual, no había nada de pompas mundanas. Sólo en el s. III el espíritu de orgullo, de vanidad, de interés, se manifestó en los fieles en todas partes. Los cristianos de los dos primeros siglos tenían horror de los templos, de los altares, de las estatuas.

Lo que era practicable en un pequeño grupo no le fue ya en los grandes reinos. La Iglesia militante y triunfante no podía ser ignorada y humilde. Los obispos, las grandes comunidades monásticas ricas y poderosas, reunidas bajo los estandartes del pontífice de Roma, combatieron a favor de sus intereses⁵.

Aunque los jesuitas habían sido los defensores de esa Iglesia institución, que acabaría suprimiéndolos, su acción estaba también orientada hacia la revitalización espiritual de esa misma Iglesia. Desde hacía dos siglos, sus Congregaciones Marianas habían ofrecido una estructura comunitaria para cultivar la fe personal. Gracias a Dios, habían sobrevivido a la supresión de los Jesuitas. El P. Chaminade las había conocido ya durante sus años en el colegio seminario de Mussidan y estaba convencido de que eran un instrumento eficaz para renovar la Iglesia.

Re-generar la Iglesia a partir del culto mariano

Chaminade encontró ya formulado lo que él quería en el prólogo de un *Libro de Oraciones y de prácticas para servir al culto de María*, de autor desconocido, y que editó en 1801 para sus congregantes⁶.

El punto de partida del P. Chaminade es lo que pudiéramos llamar “el hecho mariano”, como signo de los tiempos. Se trata, por tanto, de partir de la vida y no de la teoría. El hecho, que constituye un verdadero signo de los tiempos, es el culto de María

⁵ Voltaire, «Église», en *Dictionnaire philosophique*, cf. [Dictionnaire philosophique](#).

⁶ En 1804 lo transformó en el *Manual del Servidor de María*. La edición de 1801 era todavía un devocionario mariano. La de 1804 es ya un devocionario cristiano, en el que aparece la celebración de la eucaristía. De esta manera se crea en el destinatario una **identidad mariana**. El libro editado en 1801 tenía ya un *Discurso preliminar* que ponía en relación la vivencia mariana y la vivencia eclesial de los congregantes, cf. EM II, 388-393; *Écrits et Paroles* I, 33, 3-9, ps 83-85; E. Cárdenas, *Itinerario Mariano de Guillermo José Chaminade, Misionero de María*, SPM, Madrid 2004, p. 64 ss.

en las Congregaciones Marianas. Es en el culto donde se hace presente la dimensión escatológica del cristianismo, de la salvación en Cristo Jesús. Chaminade trata de entender este hecho a la luz de la reflexión mariológica.

“El Espíritu del Señor reaviva por todas partes los sentimientos de la más tierna devoción hacia su esposa Inmaculada. Los fieles acuden presurosos a rendirle un culto esencial y destacado, tal como lo exige la suprema dignidad de Madre de Dios. Su Inmaculada Concepción sobre todo es objeto de una veneración muy particular... Pero lo que no se vio jamás, por lo menos de una manera tan llamativa es el fervor que muestra la juventud por consagrarse al servicio de María. Espectáculo conmovedor para todas las almas sensibles y cristianas”⁷.

Al afirmar que es el Espíritu del Señor el que reaviva el culto a María se está legitimando este culto contra todas las críticas de los adversarios. El culto a María en la Iglesia de Francia, en particular la defensa de su Inmaculada Concepción, había sido un signo de la verdadera fe cristiana frente a los protestantes, los jansenistas, y los ilustrados⁸. La devoción a María es un signo de los tiempos a través del cual el Espíritu está hablando a la Iglesia. María es presentada como la esposa Inmaculada del Espíritu. El título de Esposa nos indica la perspectiva en la que Chaminade va a situar la persona de María. Estamos ante una realidad femenina, que nos permite ver cómo intufía lo que ahora llamamos el “principio mariano en la Iglesia”. También la Iglesia es la Esposa de Cristo. María aparecerá en los escritos de Chaminade también como la Esposa de Dios o la Esposa de Jesús, asociada íntimamente como compañera a sus misterios. María es la Esposa Inmaculada, toda santa.

En la presencia de María en el culto la Iglesia descubre la imagen de lo que ella misma es y está llamada a ser, la Esposa de Cristo, sin arruga ni mancha. En el culto damos gracias a Dios Padre por Cristo en el Espíritu y acogemos su salvación⁹. En el

⁷ EM II, 388.

⁸ Las exageraciones de la devoción popular a María habían llevado al protestantismo a su supresión y al jansenismo a posiciones minimalistas. La Ilustración consideró toda la religión revelada como pura superstición. La propuesta de la Ilustración será una religión racional, con un culto también racional a la diosa razón. Ese culto resultó poco atractivo para los adeptos. Chaminade va a escoger la devoción popular a María como medio para recuperar la fe cristiana. El racionalismo lanzaba un reto al cristianismo sobre qué modelo de hombre hay que formar y cuáles son los valores. Chaminade mostrará que el hombre que está formando él a través de la devoción mariana es el hombre verdaderamente virtuoso y no el salido de la cultura de la Ilustración.

El Concilio de Trento había reafirmado la legitimidad del culto a María y a los santos contra las impugnaciones de los reformadores, que irán multiplicando sus críticas. Frente a ellos, los defensores dieron un paso más, que no estaba en el concilio. De la legitimidad del culto, pasaron a la obligación del culto. El ambiente del culto mariano del s. XVIII se refleja bien en el *Tratado de la verdadera devoción a María* de san Luis María Grignon de Montfort (1673-1716), que tan sólo fue publicado en 1843. En él el autor se lamenta que María es poco conocida y honrada, no sólo por los herejes y cismáticos sino también por los católicos. Son precisamente los más doctos los que se oponen a su devoción, considerándola cosa de mujeres incultas. Estos doctos tienen miedo que, con la devoción a María, se disminuya la gloria de Cristo, único Mediador. El autor demostrará que el culto a María es el mejor medio para dar gloria a Cristo.

⁹ “La gloria de Dios Encarnado y la de su augusta Madre, éste es el primer fin de la Congregación, como de todo verdadero cristiano”, EM II, 320 (texto de 1817).

Según el cardenal Ratzinger, “Algo análogo se puede decir a propósito del primer texto que elaboró el Vaticano II: la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia. Al inicio, el hecho de que fuera la primera se debió a motivos prácticos. Pero, retrospectivamente, se debe decir que, en la arquitectura del Concilio, tiene un sentido preciso: lo primero es la adoración. Y, por tanto, Dios. Este inicio corresponde a las palabras de la Regla benedictina: “Operi Dei nihil praeponatur”. La

culto somos consagrados y santificados por Dios y tratamos de responder con una vida santa. Esta realidad la vivimos en el culto a María, que es ante todo un culto litúrgico. En el culto a María descubrimos las actitudes de María, modelo del culto cristiano. Ella nos enseña a acoger la salvación de Dios: “Proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios mi salvador” (Lc 1,46-47).

El culto a María, o mejor, la presencia de María en el culto, se fundamenta en el hecho de que es la Madre de Dios¹⁰. Pero llama la atención en primer lugar el hecho de que se venera su Inmaculada Concepción, que todavía no era un dogma de fe. Eso indica un amor especial por María. En realidad, la Inmaculada Concepción está en íntima relación con la maternidad divina. Se trata del misterio de la gracia, del misterio de la santidad, de la comunicación de Dios al hombre. En segundo lugar sorprende el que sea la juventud la que muestra más fervor por consagrarse al servicio de María. La generación joven, anterior a la Revolución, sigue siendo sensible a la fe cristiana, a pesar de las críticas de la Ilustración. Chaminade empezará en 1800 a trabajar con los jóvenes. A través de ellos, y para ayudarles, se irán incorporando también los padres cristianos.

El culto a María es especial y especial y destacado, tal como lo exige la suprema dignidad de Madre de Dios. Es un culto superior al de los santos, pero no como el de Dios. La veneración del misterio de la Inmaculada Concepción supone como fundamento del culto la santidad de María, que tendrá una relación muy íntima con su maternidad.

constitución sobre la Iglesia *-Lumen Gentium-*, que fue el segundo texto conciliar, debería considerarse vinculada interiormente a la anterior. La Iglesia se deja guiar por la oración, por la misión de glorificar a Dios. La eclesiología, por su naturaleza, guarda relación con la liturgia. Y, por tanto, también es lógico que la tercera constitución *-Dei Verbum-* hable de la palabra de Dios, que convoca a la Iglesia y la renueva en todo tiempo. La cuarta constitución *-Gaudium et Spes-* muestra cómo se realiza la glorificación de Dios en la vida activa, cómo se lleva al mundo la luz recibida de Dios, pues sólo así se convierte plenamente en glorificación de Dios”, *Conferencia sobre la eclesiología de la Lumen Gentium pronunciada en el Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II, organizado por el Comité para el Gran Jubileo del año 2000*. Cf. [Eclesiología de la Lumen gentium, conferencia Ratzinger, febrero 2000](#) .

¹⁰ Manuel, EM II, 388 ss. Ha sido sobre todo Pablo VI en la *Marialis Cultus* (1974) el que ha desarrollado la presencia de María en el culto Cristiano. Existe un único culto cristiano, que tiene su origen y expresión en Cristo, dirigido al Padre por Cristo en el Espíritu. En este culto se inserta la devoción a María, en correspondencia con el puesto singular que Ella ocupa en el plan de salvación de Dios. La práctica cultual debe reflejar o expresar este plan de salvación. Por eso la devoción a María no es un elemento opcional en el culto de la Iglesia sino un elemento necesario de su piedad. Un desarrollo auténtico del culto cristiano lleva consigo un adecuado crecimiento de la veneración de la Madre del Señor.

En el culto cristiano María aparece como modelo de la Iglesia celebrante. Ella es la Virgen a la escucha, que acoge la palabra de Dios con fe. Esa escucha de la palabra implica acogida, proclamación, veneración de la palabra. Pero comporta también el escrutar los signos de los tiempos, el interpretar y vivir los acontecimientos de la historia. María es también la virgen en oración, la figura de la orante.

Pero sobre todo María es la Virgen Madre, el modelo de la maternidad de la Iglesia. En particular la Iglesia prolonga en el sacramento del bautismo la maternidad virginal de María. Pero también en la Eucaristía la Iglesia nos sigue dando a Jesús. La carne de Cristo es la carne de María. Finalmente María es la Virgen oferente. En la escena de la Presentación en el templo, la Iglesia ha visto siempre en María una actitud de ofrecimiento que encontró su culmen al pie de la cruz cuando la Virgen se unió con la ofrenda salvífica de su hijo. El sacrificio eucarístico, confiado por Cristo a la Iglesia perpetúa el sacrificio de la cruz. La Iglesia lo ofrece junto con los santos y la Virgen María, modelo de ardiente caridad y fe inquebrantable.

Chaminade sitúa el culto de la Virgen en relación con el culto a Dios, Jesucristo y los santos. Sólo Dios es santo, el único y verdadero objeto de nuestro culto y de nuestro amor. Sólo Jesús es la vía, la verdad y la vida. No hay salvación más que por Él. Es en ese culto que la Iglesia da al Padre por Jesucristo en el Espíritu donde tenemos que situar el culto a los santos.

Cuando hablamos del culto a María o a los santos, queremos decir el puesto que María y los santos ocupan en el culto que tributamos a Dios. Se trata del culto como la respuesta de los miembros del pueblo de Dios a la obra salvífica trinitaria. Se pone así de relieve la iniciativa gratuita de Dios que llama a la salvación, y requiere por tanto el compromiso de la adhesión total.

Cuando damos culto a Dios estamos venerando también a todos los que han hecho la voluntad de Dios. Cuando veneramos a María y a los santos estamos dando culto a Dios y no nos quedamos en María o en los santos. Siempre es Dios el objeto de nuestro culto. María y los santos nos llevan siempre a Dios. La veneración de los santos es una forma de veneración de Dios, cuya obra, por medio del Espíritu Santo, es la Iglesia¹¹.

María, modelo de una Iglesia madre

El hecho del culto mariano tiene un significado teológico, que Chaminade trata de explicar. Se trata de la presencia constante de María en la historia de la Iglesia y en toda la historia de la salvación, que tiene su origen en la Trinidad.

“María fue siempre para la Iglesia militante una madre llena de ternura, que siempre abrió a la Iglesia el seno de su misericordia para que todos pudieran sacar gracias de los tesoros de su plenitud. El cautivo encontrará en ella su libertad; el enfermo la curación; el afligido el consuelo; el pecador, el perdón; el justo la gracia; los ángeles el gozo; la misma Trinidad, la gloria”¹².

¹¹ En unas notas, Chaminade señala que la devoción a la Santísima Virgen es un amor de caridad que hace que se sienta uno inclinado con prontitud, actividad y diligencia a imitar a la Santísima Virgen, a consultar todos sus gustos, a observar y extender el culto que le es debido. Una verdadera y sólida devoción lleva consigo la imitación de sus virtudes (EM I, 29). La intención de la Iglesia en el culto de los santos no es sólo rendirles la alabanza debida sino instruirnos a la vista de las gracias de que Dios les ha colmado, animarnos por su ejemplo y por el relato de sus virtudes y ayudarnos y fortalecernos por su intercesión (EM I, 33).

La devoción María tiene como fundamento su Maternidad Divina. Es un culto que ella merece y que la Iglesia tiene que rendirle. Es un culto querido por el Espíritu Santo y por Jesús. El fundamento del culto a María está en Jesús (EM I, 67-73). Los motivos son la relación que Ella mantiene con los misterios de la Encarnación y de la Redención. La primera relación hace de Ella la Madre de los cristianos y la Cooperadora de su salvación; la Segunda la constituye en Corredentora del género humano, sin menoscabar en nada el precio de la sangre que Jesucristo su Hijo ha ofrecido para rescatarnos. Quede pues claro que la devoción a María no debe oscurecer nuestra relación con Cristo, sino al contrario ponerla más en claro.

La verdadera devoción evita dos escollos, el del minimalismo, y el del exceso de prácticas exteriores, mostrándose más atentos a honrar sus virtudes que a imitarlas, y a servirse de la piedad misma para autorizar sus desórdenes e impenitencia (EM I, 31). El culto a María tiene que ser prudente, lleno de sabiduría y de verdad porque Dios no puede ser honrado más que por la verdad. Al llamar a María “nuestra esperanza”, tengamos presente que es por Jesús que Ella es nuestra esperanza (EM I, 34-35). Por otra parte sólo Dios es santo, el único y verdadero objeto de nuestro culto y de nuestro amor. Sólo Jesús es la vía, la verdad y la vida. No hay salvación más que por Él.

¹² EM II 389.

La presencia de María en la historia de la Iglesia vivida en la devoción mariana es experimentada como una presencia maternal tierna, llena de misericordia y de gracia. Esta visión de una María tierna viene sobre todo de la Época Medieval. Chaminade cita un texto de San Bernardo en el que habla del enfermo, del afligido, del pecador. Son ejemplos de la experiencia de la salvación de Dios a través de María. María está en relación con la Iglesia militante y triunfante, pero sobre todo su misterio tiene que ver con la Trinidad.

“El corazón tierno de María ha debido ser muy sensible a los dulces nombres de Madre de los cristianos, Madre de los predestinados, que todos los siglos le han prodigado; en su seno se ha visto siempre el cielo con complacencia, germinar y crecer el trigo de los elegidos: *tu seno, como un montón de trigo* (Cant 7,3). Pero hoy, es en cierta manera una gloria nueva que recibe Ella en el nuevo título que las almas inocentes le dan a porfía: ¡cuántas veces al día es invocada esta Madre sin mancha con el nombre el amable de *Madre de la Juventud!*”¹³.

El corazón tierno de María es muy sensible a los títulos que le da el pueblo cristiano. Esos títulos son maternales: Madre de los cristianos, Madre de los predestinados y ahora un último título Madre de la Juventud. El fundamento de su maternidad espiritual apenas es explicitado con una alusión a un texto que Chaminade usará repetidas veces: *tu seno, como un montón de trigo* (Cant 7,3). Mientras aquí está en relación con el tema jansenista de la predestinación, Chaminade lo va a interpretar cada vez más como la maternidad espiritual de María desde el momento de la concepción de Cristo. María concibe a Cristo y a su Cuerpo Místico.

La presencia de María es ante todo una presencia maternal. Tan sólo poco a poco Chaminade, profundizando la experiencia y yendo más allá de sus fuentes, verá a María sobre todo como la Mujer prometida, presente en la Iglesia como símbolo de victoria vinculada al misterio de la Inmaculada Concepción.

La función maternal de María se ha traducido en el momento presente en el alumbramiento de una generación casta y virtuosa en medio del siglo más pervertido que ha existido. Esta generación joven mariana encarna los valores cristianos frente a la cultura pervertida del siglo. Se llama a sí misma la familia de la purísima María. Tenemos aquí una categoría eclesiológica que nos permite comprender el proyecto de Chaminade a través de las Congregaciones. Se trata de hacer que la Iglesia, que es Familia de Dios, lo sea siendo Familia de María. Se trata por tanto de una Iglesia comunión que lleva la marca de su nacimiento, que traduce su nobleza y dignidad. Estas comunidades son verdaderamente comunidades de contraste frente a la cultura dominante. Todos son hermanos engendrados todos en el seno maternal de María. En medio de las dificultades de la vida experimentan el consuelo y la alegría cuando pueden decirse: todavía un poco de tiempo y veremos la belleza de nuestra divina Madre en su gloria y nosotros nos abismaremos en el seno de su ternura¹⁴. Es pues una generación orientada hacia la escatología, hacia María, icono escatológico de la Iglesia.

La cultura de la Ilustración es presentada como corrupción y vicio. Se habla del s. XVIII y del libertinaje proclamado desde la aristocracia, que ha perdido su nobleza y dignidad. Es la generación cristiana la representante de esas virtudes, junto con la castidad, que había sido objeto de los ataques de los libertinos del S. XVII y XVIII

¹³ EM II, 390.

¹⁴ EM II, 391

vinculados a la clase alta. En cierto sentido la Revolución trajo un mensaje moralizador y unas costumbres menos degeneradas. Con todo, la pérdida de las costumbres cristianas seguirá avanzando. Se abandona la moral cristiana y se vuelve al epicureísmo, cinismo, pirronismo. Se hace una distinción entre la esfera privada y pública de la vida. Se niega el pecado y se escapa al control de la Iglesia y más tarde del estado, en nombre de la libertad de conciencia reconocida en el Tratado de Westfalia.

María, modelo de la Iglesia, heraldo del evangelio

¿Cómo ha nacido de María esta nueva generación de creyentes? El texto presenta este nacimiento como una **vocación**. María ha llamado y la juventud ha respondido¹⁵. Se cita un texto de la Escritura que había sido aplicado a María y usado en la liturgia. La Madre de Dios ha adoptado la forma de la Sabiduría que invita a encontrarla, sin duda como manera de encontrar la vida y la felicidad (Pr 8,17). La Iglesia es convocada por la Palabra de Dios. Es la Iglesia la que luego proclama esa Palabra y sigue convocando.

María es la que enseña en las puertas de la Iglesia. Sin duda son los ministros de la Iglesia, como Chaminade, de los que se sirve María y la Iglesia para seguir convocando. El elemento que propiamente convoca es el comprender la misión de María. Uno se siente atraído por la invitación a participar en su misión. Esa misión de María se descubre en el trato asiduo con ella, lo cual invita a querer ser como ella. Ha surgido una juventud numerosa, de uno y otro sexo, que ha hecho una experiencia directa de la persona de María. Han experimentado que su servicio es dulce y amable, que su protección es poderosa, que el contacto con Ella es halagador e interesante. En resumen han descubierto en el trato con María el lado humano y humanizador de la religión. Hasta entonces el cristianismo era una realidad heredada. Ahora cada uno tiene que sentir la llamada, el atractivo y decidir responder. Así construyen la Iglesia, y se convierten, por adopción, en la Familia privilegiada de María y encuentran en el amor a María la riqueza, la gloria, la magnificencia y la justicia. (Pr 8,18). Son los frutos que produce su bendición (Pr 8,19).

Chaminade, pues, presenta a María como modelo de humanidad. En ella debemos buscar los auténticos valores que ayudan a construir la persona. Con esta propuesta no se pretende olvidar que es Jesús el verdadero modelo de humanidad nueva, sino orientar hacia Él. Pero Jesús comunica su santidad a todos sus discípulos. Entre ellos, María aparece como la primera creyente, como el primer discípulo, como el modelo de discípulo.

© *Mundo Marianista*

¹⁵ EM II, 392.